

Ideologías, poder y conflictos: la comunidad judía ashkenazi de México

ADINA CIMET DE SINGER

LA COMUNIDAD DEL MÉXICO DE HOY encuentra sus raíces en la inmigración de inicios del presente siglo, en la que judíos provenientes de diversos países llegaron en pequeñas cantidades. Aunque el gobierno mexicano nunca formuló una política de inmigración concreta y clara, los judíos llegaron del imperio otomano, Europa oriental y Rusia, huyendo de sus problemas, en busca de esperanza.¹ Los judíos en México —en sus dos variantes culturales: ashkenazitas y sefaraditas— establecieron una red de organizaciones para atender sus necesidades culturales: grupos internos casi políticos, escuelas, periódicos, clubes, y otras, apuntando, todas, hacia la construcción de un ámbito que permitiera la expresión de sus intereses culturales.

El presente ensayo describe los conflictos ideológicos y las disputas dentro de la comunidad judía en la Ciudad de México, desde alrededor de 1938 hasta los años cincuenta, animada por varias organizaciones comunales de corte partidario; y hace un perfil de sus dirigentes, quienes aspiraban a obtener el control sobre parámetros de la vida política entonces aún indefinidos. Mi cometido es mostrar el proceso conducente, tras años de pluralismo político, al establecimiento de un patrón de uniformidad política dentro de la comunidad, así como discutir las consecuencias de esa realidad política. En otras palabras, los conflictos políticos existen en todas las sociedades, y siempre hay ganador y perdedor. Con todo, no todas las confrontaciones terminan en situaciones de esto, o de lo otro. De hecho, en la mayoría de los casos, especialmente en las sociedades que incorporan valores democráticos, nunca se espera que el perdedor desaparezca totalmente. Tampoco se espera —independientemente de los deseos íntimos de los contrincantes— que los grupos excluidos debieran transformarse para ofrecer una alianza total a la nueva estructura de poder y a los grupos que la mantienen. Sin embargo, en el caso aquí analizado, esto es precisamente lo que ocurrió.

¹ La información estadística sobre los judíos de México es muy escasa. Siempre se ha rumorado que el país cuenta con millones de judíos. No obstante, las cifras obtenidas por diversas fuentes apenas indican la existencia de 30 a 40 mil. Hay dos grupos principales dentro de ellos: los sefaraditas y los ashkenazitas. Los primeros están ligados a España, y su lengua interior es el ladino; los segundos descienden de Europa del noroeste, y su lengua principal es el *yiddish*. Véase *Enciclopedia judaica y Enciclopedia judaica castellana*.

Cuando los comunistas, bundistas y otros fueron derrotados por los sionistas —todos, grupos de corte partidario, protagonistas del presente análisis—, las luchas políticas se transformaron en lides que decidían quién podía hablar políticamente, qué se podía decir y cómo; se excluían, por así decirlo, todas las opciones no alineadas. No se trataba simplemente de un asunto de lenguaje. Había un claro intento de imponer un patrón de alianza total con el partido central. Al convertirse en el poder político dominante en Israel, el sionismo trataba de amarrar el apoyo de la Diáspora y al mismo tiempo obtener la exclusividad política dentro de la comunidad, sin permitir la diversidad política y cultural que se podría esperar dada la historia misma de esa comunidad y la pluralidad característica de la condición de Diáspora, si a la comunidad se le hubiera reconocido su particularidad respecto de la realidad y de la problemática israelíes. No habían desaparecido todos los disidentes, sino que su interpretación de la situación pasó a constituir un esfuerzo menos gratificado, carente de recompensa social. Una vez obtenida la victoria de un grupo dentro de la comunidad, se hicieron pocas concesiones a los contendientes vencidos, independientemente de qué y a quién representasen, de manera que la uniformidad política y cultural se convirtió en la única opción disponible en esta comunidad que había conocido la diversidad y la pluralidad en abundancia. La línea política recientemente definida de comportamiento aceptable empezó a constituir la prueba esencial para medir la lealtad al grupo étnico.

La contención política en esta comunidad existía desde el inicio de ésta a principios del siglo, y se incrementó cuando los judíos sefaraditas de Aleppo y Damasco dieron la bienvenida a inmigrantes ashkenazitas, integrándolos a su vida rudimentariamente organizada. Durante cierto tiempo, hubo mucha ayuda mutua y actividades religiosas coordinadas entre los grupos. Con todo, estos años de cooperación no durarían mucho. A finales de los veinte, los ashkenazitas inmigrantes, familiarizados con los matices políticos y culturales de la Europa que abandonaban, encontraron un foro abierto para expresar las diferencias en los estilos religiosos² y los sentimientos de posibilidad expresiva; sin embargo, esas mismas diferencias terminaron por separarlos. Los ashkenazitas llegaron a México con una serie de conciencias políticas articuladas en plataformas políticas, todas tomadas de su experiencia europea, mediante las cuales se definían a sí mismos. Comunismo, socialismo, nacionalismo, eran, todas, perspectivas conocidas. En México, volvían a interpretar su condición nueva desde estos ángulos, elaborando sus propias alternativas políticas. A quienes permitía la entrada, México parecía ofrecer la posibilidad de una vida tridimensional: posibilidades económicas, intercambio intelectual y la experiencia innovadora de controlar sus propias vidas. Los ashkenazitas y los sefaraditas terminaron separándose desde el punto de vista organizativo; cada cual emprendió la exploración de nuevas

² Diferencias específicas en los rituales y en las políticas administrativas de los cementerios redundaban en grandes tensiones. Cada sector tenía, y sigue manteniendo, importantes diferencias en sus tradiciones, estilo y folklore.

posibilidades para su expresión política que edificara y mostrara su experiencia histórica y las apreciaciones de sus condiciones sociopolíticas.³

El fecundo concepto de conflicto,⁴ de Georg Simmel, parece definir, pues, con tino los patrones de interacción aparecidos en esta pequeña comunidad. No obstante, las confrontaciones y batallas políticas a las que entraron los ashkenazitas en los años cuarenta y cincuenta causaron una profunda modificación en su estructura política, disciplinando a la comunidad en torno de un proceso de uniformidad sin precedentes en ella, por lo cual se antoja inadecuado explicar el período simplemente en términos del fenómeno de conflicto, aun considerando la calidad centrípeta y armónica de conflicto (*Vereinigung*), a menudo un resultado paralelo de las confrontaciones.⁵ Más bien, los enfrentamientos aquí analizados y sus consecuencias se presentan como el terreno político más explosivo que despliega, primero, nuevos patrones de pensamiento que luego algunos intentan usar para dar una forma y carácter permanente y definitivo a su estructura social.

Aunque los cambios dramáticos de este período pueden ser abordados desde una serie de ángulos,⁶ son tomados aquí como conflictos entre grupos políticos, al modo de lucha de partidos en busca de definir un vencedor. De nuevo, esto no significaba el establecimiento de una posición dominante por un grupo mediante una contienda democrática; tampoco representó al enlace temporal de todas las perspectivas políticas bajo la dirección de un partido en busca de una solución promedio. Por el contrario, culminó con la erección de un grupo en representante único y “auténtico” de los intereses judíos. En todo el transcurso, los contendientes buscaron obtener apoyo de sus auditorios a favor de sus visiones del mundo y, con ello, legitimidad para sus interpretaciones sociales y sus definiciones de la situación. Comunistas, bundistas y sionistas persiguieron con ahínco ser reconocidos como los verdaderos representantes de la comunidad. No debe olvidarse, sin embargo, que en un tiempo todos coexistieron, aunque con tensiones. No obstante, a la postre se llegó a un combate por la representación exclusiva de la comunidad. Ello representó un cambio dramático en su vida política.

La estructura política de la comunidad judía en los años cuarenta distaba mucho de estar determinada; sus reglas del juego político estaban en plena negociación, las definiciones de lealtad judía seguían abiertas y eran variadas.⁷ En 1939, por ejemplo, el entonces recientemente formado *Tzentral Komitet* (Comité Central), organización constituida para defenderse de la difamación en el país, inten-

³ Véase la observación de Susanne Langer de cómo un protagonista social actúa sobre su entorno social, valiéndose de “las dimensiones comunes de su experiencia”, en Mary Douglas, “The idea of home: a kind of space”, *Social Research*, vol. 58, núm. 1, primavera de 1991, p. 291.

⁴ Georg Simmel, *On individuality and Social Forms*, Chicago, 1971, pp. 70-95.

⁵ *Ibidem*, p. 72.

⁶ Adina Cimet de Singer, “The Ashkenazi Community in Mexico, a Dialogue Among Ideologies”, tesis de doctorado, Columbia University, 1992, en especial el capítulo V.

⁷ Es menester recordar que la estructuración formal de la comunidad, la *Kehilah ashkenazi*, sólo apareció en 1957. La *Kehilah* (del hebreo, *hehal* pueblo, comunidad) es una forma prevaeciente de organización comunal adoptada por los judíos. En Alemania, la organización comunal siguió el patrón de la *Gemainde*, y, en Francia, de la *Consistoire*.

tó ser una instancia representativa de varios sectores y pasar a adoptar el papel del poder comunal central. Se sentía en la comunidad que, dada la pluralidad de las organizaciones existentes, una instancia central sería útil para coordinar la vida comunitaria. Por motivos que no pueden ser detallados aquí, el *Tzentral Komitet* fracasó, al igual que fracasaron la organización filantrópica *Hilfs Fareyn* y la congregación religiosa *Nidkhei Israel*, en centralizar el control. Parece que la coordinación de las diversas organizaciones era considerada una meta. Estas organizaciones buscaban llenar un vacío. Aún así, ya fuese desde el ángulo religioso ortodoxo (*Nidkhei Israel*), o socialista (*Hilfs Fareyn*), cada una entraba al concurso con su muy particular estilo y agenda para la supervivencia y continuidad de la comunidad; ninguna sugirió, en ningún momento, que un solo grupo pudiera representar todas las variedades del pensamiento judío; únicamente buscaban la coordinación. Nadie sentía que un grupo llegaría pronto a ser el único representante legítimo de la comunidad. Sin embargo, se operó un cambio capital durante la década de los cuarenta, cuando el impulso por centralizar la estructura de poder político entre las diferentes organizaciones existentes empezó a crear la posibilidad de delimitar claramente las definiciones aceptables de la lealtad a la comunidad judía, y es en la traducción práctica de estas nuevas delimitaciones que los concursantes-participantes específicos serían aceptados en la arena política de la comunidad o rechazados de ella. Por primera vez, se excluiría a grupos de las actividades en su terreno social.

Es obvio que, si existía tal carrera por obtener una posición central y control, se debía a la presencia de muchas organizaciones menores, con diversas convicciones ideológicas, conformantes de toda una red institucional, cada una de las cuales intentaba controlar a las demás. Carecemos de una lista completa; mas podemos suponer la abundancia de ese tipo de agrupamientos,⁸ distintos de otros grupos específicamente culturales que participaban en la vida política de la comunidad. En un contexto ideológico tan enconado, se aireaban muchas ideas e ideologías, que eran expuestas en foros públicos;⁹ lograr control sobre esta red no era juego de niños. Para que una organización dominara a las demás, requería imponer aceptación y obediencia; lo cual no sólo requería justificación y legiti-

⁸ Las cifras en disputa que podemos ofrecer provienen de observaciones realizadas por los contemporáneos en la prensa judía acerca de su propia red comunal. En 1945, se indica la existencia de más de veinte organizaciones; véase *Fraivell*, enero-febrero de 1945, p. 55. Abraham Golomb contaba 58 formaciones a finales de los cincuenta, mientras argumentaba a favor de una *Kehilah* central. Una carta informativa de Kate Knopfmacher al Comité Ejecutivo del Congreso Mundial Judío habla de 40 agrupamientos. *American Jewish Archives*, Hebrew Union College, H231.

⁹ Esto se refiere a reuniones públicas, lecturas, grupos de discusión, etcétera. Por desgracia, los únicos rastros disponibles del clima político de la época son los periódicos locales en *yiddish* y ocasionales memorias de activistas, algunos a quienes he entrevistado y otros que han sido interrogados por el equipo local de investigaciones que recientemente creó una biblioteca de historia oral, dirigido por la Asociación Mexicana de Amigos de la Universidad Hebrea de Jerusalén y el Institute of Contemporary Judaism, de la misma universidad. Véase *Testimonios de historia oral, judíos en México* (México, 1990). De la lectura de la prensa *yiddish* local, salta a la vista la fabulosa variedad y complejidad de las ideologías judías y de sus matices a como entraban en interacción mediante los grupos que las representaban en México.

mación, sino también haberse forjado socialmente. Con la segunda guerra mundial, a inicios de la década, y la creación del Estado de Israel, a fines del decenio, encontramos fuerzas externas que extinguieron finalmente las opciones entonces disponibles para algunos grupos, mientras fomentaban otras como posibilidades reales. Ante tales cambios, más evidentes a partir de los años cincuenta —después del establecimiento del Estado de Israel— empezó a ser posible, y más necesario, estructurar formalmente a la comunidad y, en 1957, se constituyó, con ese propósito, la *Kehilah* como una nueva institución central. No hay duda de que, incluso cuando el poder y el control eran tan atractivos para todos los grupos, lo que estaba en juego era la dirección. En otras palabras, el resultado de los conflictos locales no reestructuraron, por sí mismos, el escenario político judío local; puesto que los acontecimientos históricos antes mencionados redujeron las opciones políticas viables dentro de la comunidad, en un momento dado fue posible establecer un grupo definitorio central que buscó controlar con éxito todo el paisaje comunitario.

En la historia de cómo empezó a suceder esto, debemos tener en mente tres variables. Comenzamos por estudiar a los grupos que formaron núcleos políticos o que funcionaban como tales —bundistas, comunistas y sionistas—¹⁰ y rastreamos su desarrollo mientras intercambiaban opiniones acerca de la realidad política. Enseguida, tomamos en consideración el telón de fondo de la política nacional. El presidente Cárdenas (1934-1940) simpatizaba con el pensamiento de izquierda, y durante su administración, ciertas ideas de esta vertiente florecieron y echaron raíces institucionales. Para los cincuenta, con el inicio de la guerra fría, esa tendencia fue revertida, abierta y adustamente.¹¹ Tanto la primera situación, como la segunda, tuvieron repercusiones sobre los grupos judíos rivales. Finalmente, consideramos la presencia judía en la escena internacional durante el período iniciado con la segunda guerra mundial y el holocausto, y terminando con el establecimiento del Estado de Israel. Estos cambios en la realidad social, más drásticos y profundos que en cualquier otro período de la historia judía, tuvieron

¹⁰ Bundistas, sionistas y comunistas serán las principales corrientes políticas mencionadas aquí, aunque no las únicas. Más aún, cada una representa una posición compleja que incorporaba variantes. En términos generales, el *Bund* era la Unión General de Obreros Judíos de Polonia, Lituania y Rusia, formada como partido político en 1897. Cambió el internacionalismo de los comunistas por el nacionalismo, permaneció interesado principalmente en asuntos locales desde una postura socialista, buscando la autonomía y enarbolando el *yiddish* como bandera. El sionismo, desde el siglo XIX, se convirtió en un movimiento cuya meta era el retorno del pueblo judío a la tierra de Israel. Los comunistas judíos seguían la ideología marxista leninista para cambiar la sociedad, de la cual también los judíos debían emanciparse. A menudo, el caso de México es típico, los comunistas judíos no eran admitidos dentro del partido comunista general. Independientemente de dichas incongruencias, estos comunistas formaron sus propias “células” para seguir activos, y nunca cuestionaron la posición del movimiento.

¹¹ Desde la Revolución mexicana de 1910 ha habido núcleos importantes de pensamiento de izquierda en el país; desde los hermanos anarquistas Flores Magón, hasta los socialistas como Antonio I. Villarreal, Manuel Sarabia, Lázaro Gutiérrez de Lara, etcétera. Para una visión general de esto, véase Cosío Villegas, *et al.*, *Historia general de México*, México, 1988, vol. 2, en especial el capítulo de Berta Ulloa, “La lucha armada (1911-1920)”.

consecuencias y efectos enormes en todos los judíos. Con toda certeza, el minúsculo enclave estudiado aquí no fue la excepción a la regla.

Dados nuestros protagonistas, sus diálogos y su posición y prestigio fluctuantes, los resultados obtenidos son en cierto modo inesperados. Con la lógica interna de sus enfrentamientos, se habría podido esperar que el ganador fuese determinado primero que nada por los méritos de cada grupo. Sin embargo, para la audiencia, cambiaba la percepción de lo que era meritorio en un grupo, reflejando las influencias externas de los acontecimientos políticos. Menos capaz de reaccionar de manera instantánea a los cambios, los dirigentes de los grupos integraron las variables externas que los afectaban, y reaccionaron a ellas, de manera lenta y retardada, de modo que, incluso cuando estaban conscientes de estos cambios, los resultados reales parecían tomarlos, también a ellos, por “sorpresa”.

Específicamente, eran los comunistas quienes tenían preeminencia en la comunidad a inicios del período en cuestión. A pesar de contar con muy pocos activistas (carecemos de estadísticas precisas), gozaban de gran notoriedad, prestigio y apoyo público. Durante cierto tiempo, sus articulaciones ideológicas tuvieron algún significado para quienes los escuchaban; sin embargo, constantemente, eran blanco de los ataques de otros grupos políticos. Las embestidas y amenazas más sistemáticas a su posición provenían de los bundistas, quienes lograron destronarlos y echarlos de la escena política, pero no pudieron imponerse. Aunque los bundistas no dejaban de ser sus enemigos más formidables, no fueron en sí mismos efectivos. Los sionistas, por otro lado, eran, de lejos, más eficaces en su manipulación de las cartas políticas. Durante cierto tiempo fueron fuertes aliados de los comunistas; de hecho, México es el primer país en que tal colaboración afectó también a círculos comunistas no judíos.¹² No obstante, cuando la correlación internacional de fuerzas cambió debido a la guerra fría y el establecimiento del Estado de Israel, la mayoría de los simpatizantes comunales se distanciaron de los populares comunistas, entre ellos los sionistas de izquierda. Retrocedieron de esta batalla perdida, pero se sentían lo bastante fuertes para andar solos. Así, con la ayuda de un cambio “inesperado” en la escena internacional, los sionistas lograron robarle cámara al resto de los concursantes y ganaron apoyo popular. Los bundistas, que tanto habían contribuido al cambio, se vieron obligados a buscar coaliciones. El resultado de los conflictos fue determinado, en consecuencia, no sólo por los méritos intrínsecos de cada grupo, sino por la forma en que los acontecimientos internacionales acapararon los recursos existenciales, materiales e ideológicos de los contendientes políticos. De allí el resultado “inesperado”. Los vencedores procuraron entonces incorporar las formaciones idiosincrásicas de la comunidad en una estructura institucional.

Aunque no son estrictamente paralelos, hay similitudes significativas entre lo que sucedía en la vida política de los ashkenazitas en México y el escenario político en el país. Así como había apertura respecto de las ideas de izquierda en gene-

¹² D. Bankier, “Los exiliados alemanes en México y sus vínculos con la comunidad judía de México”, Jerusalén, 1988.

ral, el comunismo gozaba de una expansión de popularidad en la comunidad. En ambos casos, sin embargo, la situación de los grupos no era absoluta, ni sólida, pero ciertamente les permitía intentar integrarse en calidad de jugadores de primer orden en el escenario político.

Para los judíos que migraron a México esperando encontrar un país que modificaba el orden mundial y donde los judíos y la democracia no eran aplastados, el país parecía un paraíso. Lázaro Cárdenas reaccionaba ante el enorme sacudimiento experimentado por todas las sociedades a causa de la crisis económica internacional de la década anterior. El presidente respondió a las huelgas y a las revueltas agrarias con las reformas laboral y agraria.¹³ Con todo, sus gestos de apertura a grupos e ideas de izquierda nunca significaron una mano abierta y libre a los socialistas, en especial a los comunistas.¹⁴ El Partido Comunista de México fue fundado en 1919 y sus relaciones con Cárdenas fueron mejores que con cualquier otro presidente: pero, incluso entonces, los lazos no fueron lo que pudiéramos llamar “amorosos”; en el mejor de los casos, podría hablarse de un coqueteo azaroso. Aunque, desde mucho tiempo atrás, el Partido Comunista estaba desligado de las organizaciones obreras gubernamentales, para su gusto demasiado apegadas al régimen, sí se acercó a la naciente Confederación de Trabajadores Mexicanos (CTM),¹⁵ a pesar de que esto significara un viraje en su política. En un principio, su actitud ante Cárdenas fue beligerante: en 1934, al inicio de su mandato, los comunistas lo habían acusado de estar demasiado ligado a Calles, lo que molestó al presidente, volteándolo contra ellos. Como nunca se alinearon de manera absoluta con el gobierno, empezó un lento proceso de alejamiento forzoso en 1936: primero, se les expulsó de la CTM; luego, en 1937, del oficial Partido Nacional Revolucionario. Aunque más tarde los comunistas intentaron aplicar de nuevo lo que llamaban una política de “unidad a toda costa”, no dejaron de criticar la reacción de Cárdenas ante la política soviética frente a Finlandia, así como la bienvenida que extendió a Trotski para que viniera a México. Con esta ocasión,

¹³ Donald Hodges y Ross Gandy, *México 1910-1982, reform or revolution?*, Londres, 1983; Ralsky de Cimmet y Lerner de Sheinbaum, *El poder de los presidentes*, México, 1976; Francisco Zapata, *Ideología política en América Latina*, México, 1990.

¹⁴ Así pues, la herencia revolucionaria de 1910 es entendida como populismo o socialismo, y la actividad izquierdista en el país nunca se circunscribió a un solo grupo. Durante el período de Álvaro Obregón, se pueden distinguir varios agrupamientos de izquierda afectando la estructura política: el Partido Nacional Agrarista, la Conferencia Nacional Agraria (1923), el Partido Laborista Mexicano (1919), la Confederación de Obreros Mexicanos, la Confederación General del Trabajo (1921), el Partido Comunista, etcétera. La Confederación Regional de Obreros Mexicanos (CROM) fue la primera en recibir apoyo gubernamental y luego la Confederación de Trabajadores Mexicanos (CTM). Véase Gloria Delgado de Cantú, *Historia de México, formación del Estado moderno*, México, 1991, pp. 232-245. El primer sacudimiento específico de los comunistas en general, que también afectó a los comunistas judíos, vino con el presidente Calles en 1929, cuando, tras el asesinato del presidente Obregón, Calles enfrentó disturbios en el país y no fue capaz de ofrecer una transición política sencilla. Durante una rebelión dirigida por el general Escobar, el Partido Comunista primero tomó partido por Calles, para luego seguir su línea internacional, cambiando su posición de apoyo. Todos los disidentes eran perseguidos. Los comunistas eran arrestados, exiliados o incluso desaparecidos. Véase *Historia general de México, op. cit.*, Lorenzo Meyer, “El primer tramo del camino”, pp. 1192-1194.

¹⁵ Organismo ligado al partido gubernamental oficial, formado en 1936.

el último día de su administración, Cárdenas autorizó el arresto masivo de miembros del Partido Comunista.¹⁶ La brecha nunca se cerraría.

Aunque es difícil demostrar la influencia directa del sistema político mexicano sobre la política comunitaria, es sin duda posible, y más fácil, argumentar que los intercambios políticos de los cuarenta conformaron un ámbito en que la izquierda judía podía desarrollarse. Durante esa década, se persiguió a los comunistas, mas no afectó a los judíos que se defendían a sí mismos como tales, ya que actuaban en un organismo separado, al no haber sido aceptados en las “células” del Partido Comunista oficial. Dado que la atención por los asuntos sociales era de gran importancia en el país —como muestra la restitución de ciertos derechos, de la tierra, etcétera, la cual no fue únicamente concedida a ciertos grupos, sino que resultó de conflictos, confrontaciones y consolidaciones—,¹⁷ las ideas de izquierda en la comunidad judía gozaban de un respeto establecido y reconocido; asimismo, tenían prestigio las articulaciones e interpretaciones ideológicas de los comunistas en la comunidad. La izquierda tenía espacio para actuar.¹⁸ Con la apertura permitida por el contexto, la izquierda judía constituía, quizás, uno de los conglomerados judíos que más se dejó sentir en la comunidad desde mediados de los años treinta y durante los cuarenta. Vagamente identificada, abarcaba a socialistas, comunistas, algunos anarquistas, territorialistas¹⁹ e intelectuales simpatizantes de las posiciones socialistas. Su meta central era examinar y traducir las actividades de la URSS para su auditorio, desde un punto de vista judío.

En los años veinte, cuando el Partido Comunista local era todavía una organización fresca, a menos de una década de su fundación, había algún contacto con los comunistas judíos.²⁰ De hecho, durante las purgas de 1929, algunos judíos también fueron expulsados del país o enviados a la prisión de las “Islas Marías”, según la situación nacional o de residencia de los “infractores”.²¹ Sin embargo,

¹⁶ Lorenzo Meyer, *op. cit.*, p. 1255. Véase, asimismo, Gloria Delgado de Cantú, *Historia de México, formación del Estado moderno*, México, 1991.

¹⁷ Susana Ralsky de Cimet y Berta Lerner de Sheinbaum, *El poder de los presidentes*, *op. cit.*, México, pp. 100-101.

¹⁸ Había también una especie de “efecto retrasado” sobre los comunistas en la comunidad, dado que su desprestigio no tenía que ver con acciones prácticas específicas como las de los comunistas no judíos en México.

¹⁹ Los territorialistas constituían un grupo político muy pequeño en general, y aún más pequeño en México. En calidad de corriente sionista en el siglo XX, los territorialistas pretendían establecer territorios a modo de asentamientos autónomos para judíos. Para el sionismo, la tierra de Israel era el único territorio aceptable; aquéllos, en contraste, estaban dispuestos a tomar cualquier territorio para los judíos, e Israel como cualquier otra opción.

²⁰ El Partido Comunista de México fue creado en 1919, resultado de la iniciativa de la Comintern y con el apoyo del anterior Partido Socialista Mexicano.

²¹ Aunque, tras la Revolución, México contaba con múltiples partidos políticos —más de mil en 1929—, éstos no eran partidos en el sentido moderno del término. Cada uno era el séquito de un líder, cacique o notable, y desaparecía en cuanto el jefe desaparecía o perdía el poder. El intento de Calles por crear el Partido Nacional Revolucionario en 1928 era una manera de limitar la división de fuerzas en minipartidos. El único que sobrevivió a estos cambios fue el Partido Comunista, que permaneció en las márgenes. Cuando en 1929, en medio de la rebelión de Escobar, el Partido Comunista retiró su apoyo al gobierno, siguiendo lineamientos internacionales, el gobierno de Calles

ese contacto no se reanudó. Aunque, en 1928, algunos judíos simpatizantes intentaron ofrecer su apoyo al proyecto soviético stalinista de Birobidján —que les asignaba por patria la provincia de Siberia oriental, como lo fue Crimea algún tiempo antes—, los judíos comunistas de México representaban un grupo demasiado pequeño como para organizarse por separado, ya que fue destrozado durante las purgas de 1929. No pasó gran cosa en términos de reorganización durante la época del Maximato, como ha dado en llamarse el período 1928-1934 en México, con las presidencias de Emilio Portes Gil, Pascual Ortiz Rubio y Abelardo L. Rodríguez. México había roto relaciones con la Unión Soviética, y toda actividad definida como subordinada a la URSS era considerada inaceptable y no tolerada. No obstante, la izquierda judía logró mantenerse activa mediante la prensa local, y siguió presentando sus puntos de vista acerca de las posibilidades que ofrecían a los judíos el socialismo y el comunismo. Durante los años treinta, el partido comunista en México se reorganizó. Aunque nunca incorporó a los judíos, los que se consideraban comunistas permanecieron “leales”, atacando lineamientos indirectos. Por ejemplo, el régimen de Cárdenas ofreció asilo a Trotski. La comunidad judía no tenía mucho que ver con él, a excepción de algunas entrevistas de éste concedidas a ciertos periódicos.²² El pintor Diego Rivera y otros habían solicitado el asilo; pero eso les costaba la expulsión del partido. Los comunistas judíos siguieron la línea oficial, interesándose muy poco en él.

Entre 1934 y 1946, los regímenes de Cárdenas y de Ávila Camacho crearon un clima político favorable para la izquierda²³ y las cosas empezaron a cambiar sustancialmente. Los comunistas judíos se reorganizaron oficialmente en un grupo llamado *Guezbir* (*Gezelschaft far Birobidzhan* —Sociedad a favor de Birobidján—) en 1934. En esta ocasión, tuvieron mayor éxito.²⁴ Promovieron sus ideas mediante conferencias y publicaciones, y mantuvieron relaciones básicamente amistosas con otros judíos de izquierda, incluso con el *Bund*. Al apoyar una plataforma comunista, el *Bund* intentaba superar viejas diferencias entre los grupos y forjar nuevos lazos productivos entre ellos. Recuérdese que, durante sus años de formación (los 1890), todos los judíos socialistas compartían las opiniones expuestas en *Wir sind keine Juden, sondern jiddisch-sprechende Proletarier*.²⁵ Eventualmente, los más nacionalistas de ellos formaron el *Bund*, mientras que los internacionalistas se sumaron a los comunistas, marcando los puntos de vista que los separarían enconadamente años después. La segunda guerra mundial abrió fuertes animosidades,

respondió de manera brutal. Véase Lorenzo Meyer, “La encrucijada”, en *Historia general de México*, vol. 2, México, El Colegio de México, 1988, pp. 1212-1218.

²² Shamuél Maguidin, entrevista, *Testimonios de historia oral*, México, 1990.

²³ La izquierda en México no debe ser identificada únicamente con el pensamiento comunista. Siempre hubo variedad de posiciones. Las relaciones de la CROM con el partido comunista fueron muy difíciles. Éste se quejaba demasiado a menudo de sus lazos con el gobierno; pero le fue mejor.

²⁴ Los comunistas judíos estaban atareados llegando al mayor círculo posible de judíos: publicaban el periódico *Oifboi*, y emprendieron la publicación de obras de sus miembros, como por ejemplo la de los poemas sobre la experiencia antifascista española: Jacobo Glantz, *Fonen und blut* [Banderas y sangre].

²⁵ No somos judíos, somos proletariado *yiddish*-parlante.

de modo que el conflicto entre bundistas y comunistas se exacerbó con la reaparición del nacionalismo.

En esos años, la URSS era respetada por la mayoría de los círculos intelectuales progresistas, y los grupos socialistas en la comunidad eran, en su mayoría, adeptos activos. Casi todo aspecto de su labor proclamaba apoyo a favor de la URSS, o la exaltaba como si estuviera en el umbral de un nuevo mundo social.²⁶ Apelando a un apoyo variado y esforzándose por incluir diversas ideologías en sus foros, hicieron que la plataforma comunista pareciera ser más que cualquier otro movimiento práctico, la más influyente y refinada en la comunidad, así como la más dedicada a ella. No obstante el aparente prestigio de los comunistas, el pacto Ribbentrop-Molotov de 1939 generó un tremendo sacudimiento intelectual. Creó una gran confusión dentro de los grupos de izquierda y señaló el principio del fin del dominio comunista en la comunidad. Aparecieron demasiadas interrogantes, incluso entre sus seguidores: ¿Era posible que los enemigos del fascismo establecieran un acuerdo abierto con Hitler? ¿Era Stalin el dirigente en quien los comunistas querían que todo mundo creyera? ¿O había tendido un velo espeso para esconder sus verdaderas intenciones políticas? Aflicción, pasmo y confusión eran las emociones paralizantes que aparecían a falta de explicación; había mucha contrariedad y desilusión ante el hecho de que la política privara sobre los principios. Incluso los comunistas no estaban satisfechos con lo que parecía cada vez más a ojos de muchos antifascistas una política indefendible.

Para contrarrestar la amplia protesta pública y calmar a su base leal, los comunistas judíos organizaron un simulacro de juicio de la política soviética algunos meses después, el 31 de julio de 1940. Tuvo lugar en el I. L. Peretz Club y contó con una amplia asistencia.²⁷ El panel, compuesto exclusivamente por comunistas, trató de justificar el pacto. Presentado como un intercambio entre un abogado defensor, que seguía la posición stalinista (Boris Rosen),²⁸ un fiscal (doctor Moisés Lisker),²⁹ y un juez (el finado filósofo mexicano, doctor Eli de Gortari); con el juicio se pretendía calmar a la izquierda malquistada. A pesar de sus intenciones, la discusión hizo que afloraran cuestiones políticas y éticas, así como las deman-

²⁶ Esta rusofilia es comparable con la de los intelectuales ingleses y americanos durante los años treinta. Véase L. A. Coser, *Men of Ideas, a Sociologist's View*, Nueva York, 1970, pp. 144, 234-236; Neal Wood, *Communism and British Intellectuals*, Nueva York, 1959, Irving Howe y L. A. Coser, *The American Communist Party*, Boston, 1957; Sidney y Beatrice Webb, *Soviet Communism: A New Civilization*, Nueva York, 1941. Para un libro muy reciente y un análisis de la reacción del gobierno norteamericano una vez resentida la "infiltración" de estos intelectuales en las universidades estadounidenses, véase *Compromised Campus, the Collaboration of Universities with the Intelligence Community, 1945-1955*. Nueva York, 1992.

²⁷ El club se localizaba en Tacuba 15, el edificio que albergó a la mayoría de las organizaciones judías de la época.

²⁸ Rosen era entonces un joven activista de la Liga, quien pasaría a ocupar el puesto de director de la revista comunista *Fraivelt*, publicada en *yiddish* en México.

²⁹ Lisker había pertenecido a la sección juvenil de *Gesbir* y, entonces, participaba en la Liga Comunista. Era médico de profesión, pero dominaba diversas lenguas. Sirvió de traductor a los enviados judíos soviéticos a México: el actor S. Mikhoels y el poeta I. Fefer.

das de responsabilidad planteadas a la plataforma comunista por dicho dilema.³⁰ Hacer eso sin rendir cuentas sólidas de la política stalinista simplemente agravó su situación. El apoyo de Lisker a los comunistas, por ejemplo, perdió fuerza —fiel a su papel durante el juicio. En lugar de crear consenso, erosionó aún más el ya frágil equilibrio de la “izquierda”.³¹ La acción tuvo consecuencias no previstas. A nivel mundial (los bundistas eran los acusadores más vociferantes y persistían en exigir explicaciones de los comunistas) hubo estallidos similares. En respuesta, los directivos comunistas lanzaron un nuevo y continuo esfuerzo por remendar la deteriorada relación;³² pero el citado pacto había puesto a los comunistas en una posición desesperada, aunque su fracaso sólo quedó claro algunos años después. No fue sino la ruptura del pacto lo que permitió el retorno de algunos activistas disgustados a la esfera comunista; mas, para otros, la relación había terminado.

Tras la segunda guerra mundial, la izquierda siguió pugnando por apuntalar su imagen y representación. Tratando de salvar los obstáculos levantados por el pacto, los comunistas formaron primero la Liga por la Unión Soviética (1942), para luego cambiarle de nombre al de *Folks Lige* (Liga del Pueblo, 1945), procurando tener una plataforma accesible a “todos” los grupos de la comunidad.³³ Sin duda, otro motivo para cambiar de nombre, aparte del de reunir más gente y así crear una base política más firme, era continuar la lucha contra el fascismo, en la que los judíos tenían un interés evidente.³⁴ Muchos bundistas, sionistas y comunistas cooperaron, y la mayoría de los que se consideraban “progresistas” era activa de un modo u otro.³⁵ Este grupo no sólo se distinguía por su producción cultural relativamente grande, sino que también era notoria por el envío de paquetes, dinero y otros recursos materiales en apoyo al Ejército Rojo.

³⁰ Rosen habló de “la democracia burguesa que engendró al monstruo fascista, y de la democracia soviética que enterrará a ambos”; Lisker, de “marxismo y stalinismo; no sólo dos conceptos diferentes, sino en realidad antitéticos”, y De Gortari moderó con un discurso acerca del “impulso de Stalin a la URSS y la Internacional rumbo al triunfo socialista”. Entrevista de Rosen en *Testimonios de historia oral, op. cit.*

³¹ Lo mismo sucedió en Estados Unidos, pero queda por investigar la pauta que la ruptura siguió allí. Véase *Der Hamer*, Nueva York, agosto de 1939, p. 15; septiembre de 1939, octubre de 1939, en especial los artículos de M. Katz. Parece que los comunistas judíos de Nueva York rechazaban la publicación socialista más general *Yiddische Kultur*, porque no les permitió justificar el pacto. La revista se definía como no partidista. El doctor Zitlovsky, doctor Mokduni, Y. Opatoshu, B. T. Goldberg, Peretz Hirshbein y H. Leivik, todos, renunciaron; la publicación continuó, con un corte bundista, durante un breve período. Véase septiembre-octubre de 1939, núms. 9 y 10.

³² David Bankier, “Los exiliados alemanes en México y sus vínculos con la comunidad judía (1942-1945)”, en *Judaica Latinoamericana, op. cit.*, p. 84.

³³ *Fraivelt*, 24 de agosto de 1945. El artículo de Kalmen Landoi relata el cambio de la *Lige fam Sovietn Farband* (Liga por la Unión Soviética) a la *Folks Lige* (Liga del Pueblo). Nótese el cambio de nombres de la organización como intento político.

³⁴ Esta afirmación debe ser leída con cuidado. Véase Alexander Stille, *Benevolence and Betrayal, Five Italian Jewish Families under Fascism*, Nueva York, 1991, en especial el capítulo I, que describe a los Ovazza de Turín como una familia judía fascista, opción no tan extraña para algunos judíos de la zona.

³⁵ B. Z. Goldberg, *Faindt*, febrero-marzo de 1963, pp. 15-16. Véase, asimismo, *Fraivelt*, 6 de abril de 1945, p. 6.

El entonces presidente de la *Yiddishe Folks Lige* (Liga del Pueblo Judío), Modkhe Korona, subrayaba la necesidad de una plataforma ampliada tal.³⁶ Durante la ceremonia de inauguración, hubo representantes de veinte organizaciones, entre ellas: la congregación *Nidkhei Israel*, y la Organización Sionista Unida, el *Tzentral Komitet* (Comité Central), la *Histadrut* (representante de la Federación General del Trabajo de Israel) y representantes del Congreso Mundial Judío (la instancia judía voluntaria representante de comunidades de todo el mundo).³⁷ El apoyo más inesperado que ayudó a los comunistas a conservar una posición central durante un poco más de tiempo provino, sin embargo, de su entonces fuerte alianza con los sionistas —en particular los de izquierda. El comunista local mensual *Fraivelt* había pasado a ser semanario, tornándose en un foro abierto para sionistas como Zevulun Berebiches, Chaim Lasdeisky, Kalmen Landau, Avner Aliphass y Modkhe Korona.

El *Bund*, con todo, mantuvo sus distancias.³⁸ Esto se ocultaba esencialmente por el hecho de que ambos grupos, éste y el comunista, eran muy pequeños en México y se necesitaban mutuamente a modo de auditorio y soporte. Mas, ante cualquier ocasión de ruptura, como el pacto, las diferencias afloraban. La brecha oficial ocurrió con la ejecución de los dirigentes del *Bund*, Victor Alter y Henrik Erlich, en la URSS en 1941, acusados de espías tras huir de Polonia, que estaba ocupada por los nazis. La indignación mundial de los bundistas fue enorme. La justificación de los comunistas locales inflamó aún más la animosidad bundista: “No creemos que se haya dado muerte a Erlich y Alter por criminales, sino más bien por ser combatientes opuestos al régimen soviético; la Unión Soviética no cometió un asesinato, al contrario, defendió sus intereses y su ideología.”³⁹ Para los bundistas, la aceptación y justificación de estas muertes revelaba el grado al que los comunistas judíos locales habían sido hechizados por la política de la URSS. El *Bund* sintió que el destino de los judíos europeos era secundario para los comunistas, mucho menos importante que los tan alabados logros del Ejército Rojo. La política y la diplomacia de la URSS merecían toda la desconfianza del *Bund*. Las nada críticas reverencias de estos comunistas por la Unión Soviética les parecían intolerables. Después de este incidente, buscaron los bundistas despres-

³⁶ La inauguración de las nuevas oficinas de la *Folks Lige* en Paseo de la Reforma 503 fue celebrada el 21 de enero de 1945; *Freindt*, febrero-marzo de 1963, pp. 52-55. Las paredes lucían retratos de Roosevelt, Churchill, Stalin y del presidente Ávila Camacho. En las oficinas de *Fraivelt* había un retrato de Khaim Zitlovsky. La sala de lectura estaba adornada con retratos de escritores en *yiddish* como Mendele Moikher Sforim, Sholem Aleikhem, Peretz y Sholem Asch; la sala del consejo directivo lucía retratos de Shloime Mikhoels y de Itzik Fefer. Aunque el grupo procuraba remarcar su no partidismo, es obvio que sus preferencias eran comunistas.

³⁷ El embajador soviético en México, Constantín Umanski, también estuvo presente en esa ocasión y dictó el que sería su último discurso público antes de su temprana muerte.

³⁸ *Forais*, 1940, pp. 13, 14, 20.

³⁹ *Fraivelt*, núm. 45, 1943, p. 20.

tiagar sistemáticamente lo que a su ojos eran las nada críticas posiciones comunistas acerca de los judíos en las repúblicas soviéticas.⁴⁰

Dos dirigentes judíos soviéticos, el actor Shloime Mikhoels y el poeta Itzik Fefer, visitaron México, Estados Unidos, Canadá y Gran Bretaña en 1943 en nombre del Comité Judío Antifascista, organización guiada por el gobierno soviético, con miras a robustecer el desgastado pero necesario apoyo.⁴¹ La amplia acogida recibida por estos dirigentes en México por parte de sus colegas, algunos sionistas e incluso de representantes del gobierno mexicano, impide ver con claridad a quién dirigían sus esfuerzos, y quizá los dedicaran a todos. Se puede suponer, en cualquier caso, que recibían con beneplácito cualquier ayuda. Dentro de la comunidad, muchos dieron una buena acogida a esta iniciativa del Partido Comunista. Los judíos, en su mayoría, la percibieron como un esfuerzo de los comunistas judíos para justificar la política soviética hacia los judíos y para frenar la merma de la simpatía hacia el gobierno soviético. Aún así, es obvio que la meta de estos mensajeros era mucho más global.

Uno de los propósitos más claros de su visita era poner en relieve lo que los dirigentes soviéticos definían como los aspectos benéficos de la política soviética para los judíos. La disposición de la URSS para poner en un lugar prominente de su agenda los asuntos específicamente judíos, e incluso asuntos nacionalistas judíos, contrastaba abiertamente, afirmaban, con las proclamaciones de otros países—de los que no había muchos— acerca de su interés por proteger a los judíos y sus necesidades. El apoyo del embajador soviético en México, Constantín Umanski, a la labor de Mikhoels y Fefer tendía a darles legitimidad. Diplomático distinguido, anteriormente embajador en Estados Unidos y judío, se convirtió en una especie de enlace entre la comunidad, los comunistas judíos, los comunistas mexicanos y los gobiernos mundiales.⁴² Con su clara autoridad política, aptitudes, habilidades lingüísticas y conexiones étnicas, accedía a diversos auditorios, además de ser particularmente popular en la comunidad. Definitivamente, Umanski coadyuvó a promover y mantener la fe judía en la política soviética. También contribuyó a forjar lazos reales entre judíos de distintas ideologías.⁴³

⁴⁰ *Forois*, noviembre de 1949, núm. 100. Moische Kulbak, Maks Erick, Zalman Reizin y otros, escritores de renombre, fueron, todos, asesinados. Véase también *Forois*, enero de 1944, núm. 20, p. 15.

⁴¹ Se cree, en nuestros días, que Mikhoels fue asesinado brutalmente por órdenes de Stalin en 1948; también Fefer, quien fuera agente de la KGB durante algún tiempo.

⁴² No hay duda de que Umanski era considerado como un diplomático muy útil por su gobierno. Terminó prisionero de las mismas “cualidades” que lo habían hecho otrora tan útil. Cuando Stalin empezó a sospechar que los judíos realizaban actividades antisoviéticas, fueron expulsados rápidamente. Existe la suposición, aunque sin confirmar, de que la muerte de Constantín Umanski el 25 de enero de 1945 en un accidente aéreo en territorio mexicano fue en realidad un asesinato. Según otra versión, fue un accidente: México compró aviones viejos de la primera guerra mundial a Estados Unidos; otros dos aviones ya se habían estrellado, al igual que el de Umanski cuando intentaba volar a América Central, casi en el despegue.

⁴³ Al parecer decía tratar de unir “desde rabinos hasta sionistas” y a todos los demás. *Fraivell*, 23 de julio de 1945, p. 3.

La colaboración entre comunistas judíos, otros intelectuales y sionistas no se limitaba al uso de una prensa común.⁴⁴ Estos grupos compartían muchas actividades. Umanski era un invitado codiciado en las reuniones públicas de la comunidad. Recuérdese que, durante la visita de Mikhoels y Fefer (en la que Umanski era invitado), no sólo los comunistas fueron los anfitriones. También los sionistas estaban al frente de las actividades. Se organizó una recepción abierta en la escuela sionista Tarbut con la presencia de los presidentes de 45 organizaciones diferentes. El embajador Umanski tomó la palabra en la reunión.⁴⁵ Se realizó otra ceremonia con una concurrencia similar, con la presencia, además, de 30 prominentes artistas mexicanos y latinoamericanos como el pintor Chávez Orozco, el dramaturgo Alfonso Gómez de la Vega, el escritor Pablo Neruda, el compositor Carlos Chávez, el filósofo Alfonso Reyes y otros. El *Tzentral Komitet*, la organización más general y representativa en esa época, recibió a los invitados por separado. Los judíos trataban de que fuera un evento judío, mientras los mexicanos lo veían como un intercambio soviético-mexicano. Independientemente de cuál fuera el éxito de cada grupo en apropiarse del acto para su propia agenda, el hecho de que resultara tan notorio e interesante ilustra claramente la importancia y amplia aceptación de la izquierda en esa época; empero, a pesar de haber mantenido una posición central y notoria durante cierto tiempo, los comunistas, a larga, fueron incapaces de asegurarse un arrastre amplio y estable.

El rompimiento entre comunistas y bundistas en 1941 afectó de manera drástica a los primeros, aunque la magnitud del fenómeno quedara velada durante los primeros años por esta serie de lazos políticos y de otra índole que tendían a oscurecer el contexto más general. Los comunistas siguieron recibiendo influjos de energía: su ya mencionada conexión con los sionistas de izquierda, entre otras muchas, fue benéfica para ambas partes en el sentido de que una lograba reconocimiento para con los objetivos de la URSS, mientras que la otra accedía a un foro para expresar sus opiniones, esperando, también, reconocimiento.

Otra fuente de energía suplementaria la constituían los exiliados comunistas de Europa, judíos y no judíos, alemanes y austríacos, que terminaron en México durante esos años en calidad de invitados temporales.⁴⁶ En 1942, estos refugiados formaron el *Bewegung Freies Deutschlands* (Movimiento por una Alemania Libre). Aunque el gobierno mexicano se había distanciado de la Unión Soviética durante lo que se dio en llamar en México el período de la "influencia de Wall Street",

⁴⁴ *Fraivelt*, febrero de 1944, pp. 7-8.

⁴⁵ *Fraivelt*, enero de 1944, pp. 13, 14 (se dice que comprendía bien el *yiddish*).

⁴⁶ Es útil recordar que México también había asilado a refugiados españoles durante la época de la confrontación falangista-republicana (1939). México vendía armas, asimismo, a los republicanos de orientación socialista y fungió como intermediario para que otros hicieran lo mismo. Gloria Delgado de Cantú, *op. cit.*, p. 310. Abrams obtuvo visa para México, permitiendo que se le unieran anarquistas, como Mollie Steiner, Senya Fleshin y otros. Véase Polenber, *Fighting Fights*, Nueva York, 1987, pp. 360-362. También había 29 refugiados judíos polacos; consúltese la carta de Kate Knopfmacher, *op. cit.*; véase para precedentes de este asunto en América Latina, Avni Haim, "Latin America and the Jewish refugees: two encounters, 1935 and 1938", en Elkin y Merckx, *The Jewish Presence in Latin America*, Boston, 1987, pp. 43-68.

todo cambió cuando éste se unió a los aliados en la guerra en 1942 y poco después de que los dos países restablecieran relaciones. La influencia de este grupo de refugiados se dejó sentir particularmente entre los ashkenazitas, a causa de su comunicación con los judíos refugiados. Para los refugiados era más sencillo entablar contactos con la comunidad, ya fuera como miembros de la minoría con la cual compartían intereses, ya como portavoces de ciertos asuntos comunitarios que, de otro modo, no podían articular con claridad. Entre los refugiados, los judíos solían ser invitados a las actividades de la comunidad. Presentados como “escritores judíos en lenguas extranjeras”, participaban en discusiones internas acerca de la continuidad y metas judías. Egon Irving Kish, Andre Simon y el doctor Leo Zukerman coincidieron con activistas locales tales como Kalmen Landau, Jacobo Glantz, Abraham Golomb y Zevulun Berebiches.⁴⁷

Los refugiados, comunistas y sionistas de izquierda, crearon una suerte de red, intercambiando auditorios e ideas enérgica y animadamente. Los refugiados, entre ellos Paul Meyer, Bruno Frei, Otto Katz y Theodore Balk, cooperaron en actividades comunitarias y varios de ellos llegaron incluso a publicar en la revista judía de *Bnei Brith* (Tribuna Israelita). Estos activistas no sólo compartían la ideología marxista leninista, sino también el interés en las tácticas prácticas del movimiento comunista internacional, en particular sus esfuerzos por extender su apoyo desarrollando “frentes populares”.⁴⁸ Estos refinados intelectuales de renombre internacional también ayudaron a la comunidad articulando, para ella, la necesidad de preocupación general por la responsabilidad en que había incurrido Alemania respecto de los judíos con las políticas nazis, a la vez que articularon la idea de que éstos, en tanto minoría, merecían el derecho de expresar su nacionalidad.

El intermediario más importante en esta relación entre los sectores judíos y los exiliados comunistas fue Leo Katz (1892-1954). Era el judío con más conexiones entre los asilados, y estaba profundamente inmerso en la cultura, historia y lengua judías.⁴⁹ Hablaba *yiddish*, ventaja que le permitía tener contactos estrechos con las actividades de la comunidad, así como acceso a la prensa en ese idioma.⁵⁰ Con una carrera distinguida en los partidos comunistas alemán, austríaco y francés, Katz se convirtió en un enlace natural entre ambos grupos en México. Reencontrar, ya adulto, un ambiente vibrante cuya agenda era la misma que la suya, pero en el que los asuntos que lo concernían florecían en un ámbito judío, parece haber despertado en él conciencia —aparentemente dormida o ausente entre sus colegas judíos exiliados— del potencial político de su judaísmo. El ser judío,

⁴⁷ *Fraivelt*, 16 de noviembre de 1945, p. 2.

⁴⁸ Bankier, *op. cit.*, p. 84.

⁴⁹ Katz coleccionó materiales para escribir una historia de los judíos en la Edad Media que nunca logró publicar.

⁵⁰ Escribió *Morgn Fraihait*, fue el redactor en jefe de *Naye Prese* en París y colaboró, en México, con *Fraivelt*. Los libros que escribió en Alemania, dos de los cuales fueron traducidos al *yiddish* durante su estancia en México (1940-1949), fueron: *Nekome*, Nueva York, 1946, y *Zrie Tzait*, México, 1949, también traducidos como *Seedtime*, merecedor de extraordinarias críticas en Estados Unidos en 1947, en *The New Yorker*, *Saturday Review of Literature*, *Chicago Sun*, *Atlantic Monthly* y en otras publicaciones.

que hasta entonces había constituido para él y sus colegas un telón de fondo a su reflexión, se encontraba ahora en la palestra como el elemento más activo al que debían ligarse sus otras ideas políticas. De muchas maneras, Katz constituye un paradigma de la atmósfera de la época para estos judíos: los asuntos judíos se convirtieron en el prisma a través del cual se podía comprender la política internacional.⁵¹ Más que cualquier otro, Katz intervino en los asuntos internos de la comunidad que tocaban también otros aspectos. Muy activo en la prensa judía local, participó en muchos problemas comunitarios, algunos de los cuales parecían sumamente alejados de su preocupación anterior con el antifascismo. Enfrentó a otros en el terreno educativo, discutió sobre la continuidad cultural, etcétera. De este grupo, fue el único que, tras dejar México, aparentó sentir un lazo indisoluble con Israel y el judaísmo, al grado de casi remplazar sus anteriores actividades comunistas.⁵²

Mientras tanto, el *Bund* no fue un espectador silencioso de este éxito comunista aparente. La prensa servía de foro para sus intercambios. Habiendo roto completamente con los comunistas, esta corriente había disminuido sus posibilidades de compartir su plataforma y, aunque contaba con su propio periódico, pronto se percató de que no podía construir una base de apoyo igualmente grande. La posición central de los comunistas partía de la estabilidad de sus contactos internacionales y del apoyo de los sionistas de izquierda a su discurso político internacional. No había otra base socialista, así de extensa, para los bundistas, razón por la que aun los comunistas locales batallaban por mantener su cantidad de miembros; empero, mientras un grupo celebraba, el otro sentía haber sido lanzado fuera del discurso ideológico central.

Sistemáticamente, el *Bund* atacaba a los comunistas judíos y al comunismo. Gran parte de ello no inmutaba a los últimos, quienes rara vez respondieron, y continuaron alabando y subrayando la acción del ejército soviético. Sin embargo, algo cambió con la intervención de un activista, hasta entonces ajeno a este diálogo, no tanto respecto de la política comunitaria interna, sino en términos del pensamiento comunista en general. Los comunistas empezaron a responder, transformando los desacuerdos en guerra abierta. Abraham Golomb (1888-1982), pedagogo, escritor e ideólogo renombrado, entonces director de *Yiddishe Shule* en México (Colegio Israelita de México) decidió comprometerse en el discurso político de la época, haciendo públicas sus objeciones al tratamiento que recibían de manera específica los judíos y el judaísmo en las repúblicas soviéticas.⁵³ Publicó dos cartas de un colega y amigo de Rumania.⁵⁴ Personalmente no alineado, en este diálogo expuso su propia ideología política, que trataba de poner en práctica mediante el sistema educativo; se reconocía en Golomb a una gran figura, no sólo

⁵¹ Yoisef Vinietzky, *Der Veg*, 22 de febrero de 1958.

⁵² Entrevista con el profesor Friedrich Katz, hijo de Leo Katz.

⁵³ Véase mi análisis de Golomb, "The ideology of the outsider, ideologue, writer and pedagogue Abraham Golomb", en *The Ashkenazi Jewish Community in Mexico: A Dialogue among Ideologies*, tesis de doctorado, Columbia University, *op. cit.*, pp. 196-207.

⁵⁴ *Forois*, diciembre de 1947, pp. 14, 18.

en su comunidad, sino entre sectores más amplios, a nivel mundial, que lo conocían y cuyas metas respetaban. Con todo, al promover sus propias concepciones de la continuidad y supervivencia judías, restaba atractivo a la agenda comunista y cuestionaba indirectamente las lealtades específicas del comunismo judío. Antes de estos ataques, los comunistas no lo detractaban y, de hecho, lo alababan.⁵⁵ Sin embargo, cuando intervino, la respuesta no dilató en sobrevenir. Empero, los comunistas, al responder de manera directa, legitimaron la crítica de Golomb. Además, de inmediato lo identificaron como un “enemigo”, y el *Bund* aprovechó la oportunidad para poner en relieve su amistad con él, polarizando aún más la situación. La respuesta comunista provino de una figura de poder, quien se sentía a la altura de Golomb; Leo Katz no sólo vio esto como una oportunidad para defender la posición soviética, sino para desacreditar a Golomb. Cuando su embestida contra las ideas de éste se ornaron con vituperios,⁵⁶ Golomb fue silenciado y se libró temporalmente de estas confrontaciones políticas comunitarias. No obstante, logró asestar un duro golpe a los comunistas, cuya posición seguía en el centro del ataque de otros.⁵⁷

Aun sin un arraigo definido, el *Bund* agudizó su arremetida, haciéndola extensiva a los sionistas de izquierda, quienes se vieron obligados a recapacitar sobre el significado de su coalición con los comunistas.⁵⁸ El *Bund* puso de manifiesto incongruencias de la ideología y la actividad de los sionistas. Parecían aterrados, por ejemplo, por la aparente mala fe de la interrogante sionista: “¿Adónde ayudar: a Palestina o a Polonia?” Para el *Bund*—dado el contexto de la guerra— la pregunta revelaba la falta de sentido de proporción de los sionistas; planteaba un dilema completamente falso. Los judíos europeos ya quedaban secuestrados, a su parecer, por la interrogante misma. Más aún, agregaban, los intereses y propósitos políticos de los sionistas se concentraban clara e inflexiblemente en Palestina; para los judíos polacos, sólo “derramaban una lágrima” y “ofrecían un *Kaddish*”.⁵⁹ ¿Representaba esto un interés real en el futuro judío? Se criticó al doctor Nahum Goldman, sionista que pugnó abiertamente a favor de los judíos de la Diáspora dentro del sionismo, por hacer demasiado poco y demasiado tarde. Visitó México

⁵⁵ *Fraivelt*, 6 de abril, de 1945, p. 5. Se trata de un artículo lindante en la adulación de la obra de Golomb.

⁵⁶ Katz era, a su vez, atacado por los bundistas, acusado de sabotear las ceremonias conmemorativas de Alter y Erlich, *Forois*, diciembre de 1947, p. 17.

⁵⁷ Para Golomb, el problema no se acabó con este altercado. Se mantuvo y penetró su labor educativa más tarde; véase Cimet de Singer, *op. cit.*, capítulo V.

⁵⁸ La coalición, sin embargo, no se limitaba a los sionistas de izquierda. Había una cooperación religiosa aparente con los comunistas, ya que el rabino Yosef Rafalin publicó un deseo de *Shava Tova* en *Fraivelt*. El *Bund* también protestó contra toda alianza de esa índole. *Forois*, octubre de 1948, p. 19. Es interesante reparar en que, durante la ceremonia de inauguración de la *Folks Liga*, se cantaron tres himnos: el mexicano, el *Hatikvah* y el soviético, y se desplegaron sus respectivas banderas. *Fraivelt*, enero-febrero de 1945, p. 54.

⁵⁹ *Kaddish* es la oración para los muertos, véase *Forois*, julio-agosto de 1944, pp. 8-9.

junto con el rabino Stephen Wise en busca de apoyo sólido entre la comunidad; mas la tensión no dio de sí.⁶⁰

El sionismo en México había organizado sus bases alrededor de Keren Kayemet, el Fondo Nacional cuyas actividades, centradas en festivales y memoriales, les permitía recolectar dinero para *Eretz Israel*. Era una forma de apoyo que permitía al público entablar un compromiso menos formal, a la vez que se le educaba.⁶¹ Los sionistas en México, también, estuvieron tratando de unificar sus diversas organizaciones en una federación, en abril de 1937, bajo lo que la prensa reportó como el Plan Ben-Gurion.⁶² Aun cuando los sionistas de izquierda, como Mordkhe Korona, Avner Aliphas, Kalmen Landau y otros, habían colaborado, todos, con los comunistas publicando en *Fraivelt*,⁶³ había una característica que ayudaba a los sionistas a superar las consecuencias negativas de sus lazos con los comunistas. A diferencia de éstos, aquéllos tenían representantes en la mayoría, si no en todas, las organizaciones comunales, maestros, escritores, periodistas, profesionales, activistas, en fin, todos participaban en la utilización de los servicios de la comunidad. La utilidad de esta integración e interacción fue creciendo a como la comunidad adoptaba la ideología sionista, y en la medida en que sus posiciones y principios ganaban prestigio. Era como si semillas diseminadas en un entorno adecuado pudieran crecer y florecer.

El *Bund*, sin embargo, ridiculizaba los lazos de los sionistas, diciendo que sus intenciones eran crasamente políticas; la asociación de los "sionistas con rabinos reformistas de Estados Unidos, judíos ricos y comunistas progresistas"⁶⁴ delataba, decían, sus dobleces. La crítica, con todo, no logró romper las ataduras que estas organizaciones habían entablado entre sí, pero logró formular interrogantes que generaban dudas, las cuales lentamente iban echando raíces en la sociedad. Los bundistas siguieron condenando a los comunistas por sus supuestas tretas contra los bundistas, los sionistas o, a fin de cuentas, los judíos en general. ¿Por qué debía una judía, Ana Berkovna, por ejemplo, convertirse en Ana Broisovna en Rusia? ¿No constituía esto una presión sutil para cambiar la identidad étnica judía? ¿Cómo podían los sionistas interpretar la política comunista como algo fa-

⁶⁰ *Forois*, julio-agosto de 1944, p. 7. En esas fechas, los ataques llegaron al punto de poner en tela de juicio la legitimidad de la dirección sionista. "¿Por qué [Goldman,] hablas en nombre de todos los judíos? [...] ¡Los sionistas sienten que representan todo!" Kate Knopfmacher, representante del Congreso Mundial Judío a inicios de los cuarenta, sugiere, en un informe archivado en la instancia central del congreso en Estados Unidos, que el doctor Alcalay debería acompañar a los doctores Wise y Goldman, ya que los sefaraditas de México lo verían como una honra, lo que podría mejorar considerablemente la recolección de fondos entre esa parte de la comunidad. Véase Knopfmacher, *ibidem*.

⁶¹ *KKL Bulletin*, septiembre de 1930-1931; núm. 9, 1931; 1936.

⁶² Leibl Duclin, *Farn Folk*, agosto de 1937, p. 12. Había una variedad de organizaciones sionistas en México. Véase Austri-Dan, *Di Tsionistishe Bavegung in Meksike*, México, 1957.

⁶³ Tómesse, por ejemplo, el apoyo de *Fraivelt* a los sionistas, como la propaganda que crearon a favor de un mitin de protesta contra la política británica en *Eretz Israel*, 19 de octubre de 1945, p. 1.

⁶⁴ *Forois*, mayo de 1948, p. 11; véase también el número de julio de 1949, p. 11.

vorable a su movimiento? O, ¿sería que los sionistas no estaban a favor de todos los judíos?⁶⁵

Las críticas contra los comunistas provenían también de otros sectores. Aunque había pocos anarquistas judíos en México, su portavoz era un hombre distinguido, de gran integridad, llegado a México en 1926, tras haber participado en una lucha anarquista notoria en Estados Unidos en 1918.⁶⁶ Jack Abrams desconfiaba tanto de los comunistas como éstos de él. En medio de la polémica de los años cuarenta, también ventiló sus puntos de vista: la URSS no era, como pretendían los comunistas, la sociedad ideal. El mundo occidental tampoco era una sociedad en convulsión a causa de las huelgas y disputas: “No crean en este silencio [exhortaba a sus lectores], la cárcel no es un cementerio”, citando una canción de prisión rusa.⁶⁷

Para los comunistas, no todos los sionismos ofrecían beneficio. Cuando el doctor Nahum Goldman y Baruch Tzuckerman, destacados dirigentes sionistas del Congreso Mundial Judío, visitaron México, su falta de mención de los problemas de los judíos soviéticos delataba, para muchos, su particular carencia de interés por ciertos problemas judíos y su apoyo incondicional al sionismo por doquier.⁶⁸ Los comunistas sentían que debían digerir la falta de apoyo de los Sionistas Generales, grupo y variante que terminarían por imponerse. En su crítica, los comunistas encontraban una característica, a su parecer, esencial a la ideología del sionismo, y que quedaba más en evidencia en la posición de éste ante la URSS, dando a entender que no buscaban una relación “orgánica” desde el punto de vista ideológico, sino oportunista. Tras criticar al sionismo, los comunistas continuaron con el rechazo del apoyo recibido de la ortodoxia judía, el cual, en lo que a ellos competía, era en esencia de la misma índole que el sionista: condescendiente con el comunismo y sus luchas tan sólo mientras les ofrecía un medio para expresar su ultraje y su deseo de venganza surgidos de la guerra.⁶⁹

Si, bajo la lente de las fuerzas de poder, se pueden discernir las alianzas —unas más fuertes que otras— entre grupos clave, asimismo se pueden percibir las enemistades profundas que, al debilitarse estas relaciones, eventualmente les quitaba todo poder. Ningún grupo se unió por completo con otro. Los comunistas se relacionaban con el ala izquierda de los sionistas y con otras; pero no con la corriente principal de un movimiento que posteriormente censuraron. Los bundistas criticaban tanto a los comunistas como a los sionistas, y eran incapaces de construir, por sí solos, una mayoría. Los comunistas, en cambio, criticaban a los

⁶⁵ Zacharias Yosef, *Forois*, diciembre de 1947; Kahan Salomon, *Forois*, junio de 1949, p. 13.

⁶⁶ Véase Richard Polenberg, *Fighting Faiths, the Abrams Case, the Supreme Court, and Free Speech*, Nueva York, 1987.

⁶⁷ *Forois*, febrero-marzo de 1947, p. 38; enero de 1948, p. 13. Abrams solía colaborar con el periódico *Di Shitme*, al igual que Golomb, Rubinstein, Dukhovich, Austriyak.

⁶⁸ *Fraivelt*, agosto-septiembre de 1944, p. 5. Goldman había publicado un folleto en 1919, intitulado “The three demands of the Jewish people”, que cubría asuntos como el derecho de los judíos a Palestina, los derechos de minorías en la Diáspora y la igualdad cívica para los judíos. Trabajaba principalmente para los judíos alemanes y para *Eretz Israel*.

⁶⁹ Hirsh Minski, *Fraivelt*, agosto-septiembre de 1944, p. 6; *Farn Folk*, 1936, 1937.

bundistas. Las limitaciones ideológicas de cada grupo eran expuestas, en permanencia, a la luz pública. Todos estaban conscientes de las posibles disputas entre los demás. Se ventilaba una feroz competencia por el apoyo de las masas, lo que implicaba distancia respecto de los otros; pero, dado que el control sobre las masas seguía en disputa, las coaliciones se mantuvieron únicamente en la medida en que grupos en lo particular estuvieron dispuestos a apostar a los logros relativos obtenidos con ellas. La gran habilidad de cada grupo para identificar las fallas de los otros, mientras se preservaba la relación, le dejaba abierta la posibilidad de cortarla al final, cuando se revelara necesario, como hicieron los sionistas respecto de los comunistas.

Así como los comunistas y su *Folks Lige* fueron los más ávidos en reclamar representación de la comunidad en su conjunto, así también fueron los primeros en experimentar dificultad para mantener ese poder. Después de 1945-1946, los comunistas empezaron a notar que su capacidad para controlar el panorama social era limitada y a temer ser desplazados del centro de la comunidad. La solidaridad de ésta, por la cual la mayoría había combatido, controlándola y cuidándola con fervor, estaba en vías de disolución o, más bien, cambiando de sector. Sin embargo, la visión de los comunistas sobre las diversas fuerzas existentes era limitada. Resultaba difícil para ellos identificar el origen del problema; para lograrlo, se requerían ciertas concesiones de la realidad política cambiante y negociaciones con los grupos contendientes. En vez de eso, los comunistas elaboraron críticas y justificaciones centradas principalmente en el asunto de la representación comunitaria. Criticaron a las organizaciones comunales locales por no estar "cimentadas" y por no haber instituido la "democracia". Las críticas se centraban entonces en la estructura interna de la comunidad. Empero, como nunca habían planteado estos asuntos antes, parecía que les teresaba menos la democracia en sí que ciertos mecanismos políticos capaces de garantizarles su inestable futuro estructural.

El periódico comunista *Fraivelt* había publicado en repetidas ocasiones los avances del Ejército Rojo y, en especial, los logros obtenidos por los judíos en el terreno militar. A la vez, a partir de 1943, el periódico siempre buscó, decían los comunistas, "respetar todas las posiciones judías con una plataforma opuesta al fascismo, incluso aunque no eran acordes con la Unión Soviética y no ser un órgano partidario". Todos esos argumentos apuntaban a hacer avanzar la meta política de los comunistas, como parte de una unidad más amplia que, aún así, les permitiera mantener el control. *Fraivelt* se presentaba como poseedor de "un enfoque sintético de toda la vida judía", como el representante de lo que a su parecer estaba al frente de las necesidades judías. Fundamentando esto, los tempranos experimentos de Crimea y Birobidján eran a menudo mencionados, al igual que otras iniciativas gubernamentales que salvaguardaban la cultura y la supervivencia judías.

Para los comunistas de lejos, la sociedad soviética había cambiado y, con ella, también los judíos. Utilizaban la metáfora de la "joroba" estereotipada de los judíos, y, según afirmaban, había desaparecido como característica social: "No es

sorprendente que el judío en Rusia haya dejado de echar de menos un país personal. ¿Se puede desear a otra madre cuando se tiene a una perfecta? Esto sólo podría ocurrir con una madrastra, como sucede en todo el mundo, menos en la URSS. Aún más, incluso los judíos de Palestina sienten que, independientemente de cuáles sean sus metas, los judíos de Rusia ya las han alcanzado.”⁷⁰ Después, Hirsh Minski, colaborador de *Fraivelt*, intentó articular las diferencias entre sionismo, comunismo y bundismo y las metas de la *Folks Lige* [Liga del Pueblo]. Apoyándose mucho en el trabajo de Golomb, diferenciaba a los tres partidos políticos principales sobre la base de sus posiciones respecto de las condiciones políticas externas de los judíos; pero, dado que Golomb era el único que se había dedicado a estudiar la política interna ligada a la problemática cultural de los judíos, Minski esperaba que una combinación de comunismo y golombismo permitiera a la liga enfocarse no sólo en los judíos de *Eretz Israel* o los europeos-polacos, sino también en judíos estadounidenses y soviéticos, quienes, asimismo, necesitaban apoyo para su continuidad.⁷¹

Seguían otros ataques del *Bund*. Dieron a conocer la liquidación del sionismo en Rumania.⁷² Los ataques siguieron creciendo, cada vez más directos y atrevidos. Hasta que algo pasó. Todas las alianzas anteriores empezaron a dar de sí y cada grupo empezó a separarse. Había dejado de ser una confrontación entre los comunistas y el *Bund*. Éste impugnaba la alianza de los sionistas de izquierda con los comunistas y los Sionistas Generales. Los comunistas, por su parte, hacían hincapié en lo que llamaban la “falta de visión” del *Bund*. También criticaban al conjunto sionista más amplio, y a los sionistas locales en particular.⁷³ En efecto, percibían un engrane fundamental en el combate sionista. Después de todo, eran un movimiento aliado en el intento por desembarazar al mundo de los últimos reductos del fascismo. Sin embargo, no todos sus propósitos eran deseados, ni aceptados de igual manera, internamente. Tampoco ofrecía, a su parecer, opciones completas para todos los judíos. Los sionistas, por su cuenta, rechazaban el fuerte interés del *Bund* en el localismo. Así, todas las alianzas se habían debilitado, y la vulnerabilidad política flotaba en el aire. Empero, debido a los cambios internacionales, en los que el sionismo surgía como el agente más sonoro y poderoso de los judíos en la política mundial, redundando en que el orden comunitario necesitara, por motivos no sólo claros, sino también forzosos, una instancia central capaz de hacer frente a los requerimientos cambiantes de la nueva realidad política. En medio de tales demandas estructurales, aparejadas de la antes citada vulnerabilidad, los ataques entre grupos se hicieron mortales, y los desafíos estaban en su punto culminante.

⁷⁰ *Fraivelt*, núm. 4-5, 1943, p. 23.

⁷¹ *Fraivelt*, 21 de diciembre de 1945, p. 5; 21 de junio de 1946, p. 4; 24 de mayo de 1946, pp. 4, 5, 7.

⁷² *Foroís*, núm. 86, marzo de 1949, p. 15.

⁷³ Minski es cínico en cuanto al papel internacional que los sionistas locales pretendían tener; ataca a Leib Dulcin, al doctor Adolfo Fastlich y a Yosef Tchornitzky. Véase *Fraivelt*, 25 de mayo de 1945, p. 4.

Por primera vez, el *Bund* exigía abiertamente que la comunidad en general prohibiera a los comunistas y dejara de tolerar su organización.⁷⁴ Ya se había establecido una censura parcial en el pasado; no obstante, había sucedido en casos específicos por autoridades con influencia limitada, quienes buscaban una posición étnica central aún indefinida.⁷⁵ El *Bund* sintió que la atmósfera estaba madura para intentar definir de nueva cuenta la posición central, y que el surgimiento de un factor unificador podía ayudar a crear y consolidar una estructura institucional definida, por lo que actuaron en ese sentido. Quizá también esperaban obtener alguna recompensa política directa. La intervención del *Bund* resultó atinada en su temporalidad política y enfocada con precisión.

Al final, la comunidad se unificó y, condescendentemente, permitió la derrota de los comunistas, aunque no por las demandas anticomunistas del *Bund*. Los comunistas no perdieron terreno por los ataques de cualquiera, sino porque los sionistas los percibieron como un grupo demasiado impropio. Lo que estaba en juego era una orientación muy particular de apego, enlace y lealtad que estaba formando las nuevas raíces de las relaciones comunitarias judías. Otras fracciones relacionadas con la posición sionista y su estructura, o que la apoyaban, ayudaron a instrumentar las nuevas limitaciones. Cuando se erosionó el apoyo soviético a Israel, los comunistas judíos locales expresaron sentimientos análogos. En 1951, en una disputa en el *Tzentral Komitet* en torno de la posición de los comunistas al respecto, los comunistas locales tomaron partido por la Unión Soviética y abundaron en sus ataques al imperialismo de Estados Unidos.⁷⁶ La disputa se encontró cuando este país negó visas de entrada a los dirigentes comunistas de la comunidad a causa de su afiliación. Después de todo, era la época de la guerra de Corea. Cada vez más frustrados, los comunistas identificaron a Israel, Estados Unidos y la poco comprensiva estructura comunal local como enemigos. Fue esto lo que los condujo a su caída, ya que la respuesta de la comunidad fue aplicarles, a cambio, la actitud de la guerra fría.⁷⁷ Así, quedó sellado el futuro de los comunistas en esta comunidad; de inmediato fueron expulsados de las organizaciones conjuntas y, carentes de espacio en la esfera política, la abandonaron de manera definitiva. Se fueron.

¿Cómo fue que los sionistas establecieron su hegemonía? No hubo confrontación alguna que diera una victoria clara al grupo. Las sensibilidades cambiaban y las ideas y afiliaciones judías también. En el viraje, la izquierda perdió; de todas las fuerzas contendientes, sólo los sionistas ofrecían perspectivas de cambio real.

A más de esto, los agudos debates entre los grupos no cayeron en oídos sordos. Los ataques ideológicos del *Bund*, aunque no lograron ganar adeptos para su propia causa, educaron al público y templaron el entusiasmo por los comunistas.

⁷⁴ *Forois*, septiembre de 1949, pp. 13, 15.

⁷⁵ Cimet de Singer, *op. cit.*, "Definition of viable political alternatives", pp. 120-132.

⁷⁶ Testimonios de historia oral, entrevista de Boris Rosen, 1989.

⁷⁷ En Estados Unidos, el macartismo penetró en la sociedad inscribiendo a individuos y organizaciones en listas negras. Véase Sigmund Diamond, *Compromised Campus, the Collaboration of Universities with the Intelligence Community, 1945-1955*, Nueva York, 1992.

Los bundistas nunca dejaron de protestar contra lo que llamaban la “doble moral” de los comunistas; éstos criticaban a los nazis mientras acallaban las críticas al pacto Ribbentrop-Molotov, hacían la apología del sionismo mientras apoyaban a los árabes, etcétera.

Los comunistas respondieron presentando puntos a los que el *Bund*, por su cuenta, no podía refutar con facilidad. Según afirmaban, la defensa bundista de los judíos polacos vencidos era vacua, política e ideológicamente.⁷⁸ Según sugerían, las posiciones del *Bund* eran limitadas e incapaces de hacer frente a la crisis política de la guerra. Comunistas y sionistas se unían en la crítica contra el *Bund* llamándole “obsesionado” por los temas de guerra.⁷⁹ Los bundistas criticaron a todas las organizaciones prosoviéticas por su desapego respecto de las preocupaciones judías y por no propugnar por agendas que impulsaran activamente los intereses judíos. Sentían que los comunistas usaban el paradigma marxista para comprender la segunda guerra mundial, mientras se vendían en lo referente a la cuestión judía.⁸⁰ La ideología controlaba casi todas las explicaciones, afirmaba el *Bund*, mientras se soslayaba demasiado a menudo la realidad de la historia. Debilitados por el combate político, los sionistas sacaron provecho. Aunque durante una época estuvieron ligados al comunismo, su centro de acción era la tierra de Israel, que ofrecía entonces una nueva esfera de acción desde otro ángulo ideológico y geográfico.

Para los comunistas, la *Folks Lige* se debilitaba. Los refugiados habían regresado a Europa al cabo de la guerra, la mayoría para trabajar en regímenes que finalmente contribuirían a sus muertes prematuras y contra natura.⁸¹ El apoyo de la Unión Soviética al nuevo Estado de Israel flaqueaba en teoría y en práctica, y la mayoría de los comunistas se acoplaron a ello. Tal comportamiento, sin embargo, los aisló de la gran mayoría de la comunidad, incluso de los menos imbuidos de política. Se imponían nuevos límites a la tolerancia política comunal. Los comunistas perdieron su indefinida coalición con los sionistas de izquierda, e incluso algunos de sus propios seguidores leales los abandonaron. No se permitirían ata-

⁷⁸ *Fraivelt*, enero de 1944, pp. 50-53; marzo de 1944, p. 38; mayo-junio de 1944, pp. 33-36. Es menester señalar que no siempre se podía criticar al *Bund* europeo de vacuidad política, dado que, como movimiento, fue el primero en promover la autodefensa y participar en ella en contra de los programas, y la obra de S. Zygeloim era más activa de lo que puede sugerir su suicidio.

⁷⁹ Ocasionalmente, los bundistas hablaban de desesperanza y suicidio; mas, esencialmente, se ponían de acuerdo en llamar a “retornar a la vida” o “construirla”. Sin embargo, desde el punto de vista ideológico, no tenían visión de cómo realizarlo. *Forois*, núm. 25, junio de 1944, p. 9; noviembre de 1947, pp. 2, 3. Efectivamente, como se menciona más arriba, uno de sus dirigentes, S. Zygeloim, desesperanzado por la indiferencia del mundo ante la terrible situación judía, se quitó la vida en Londres en 1943. Su aniversario era conmemorado, y los comunistas lo boicoteaban a menudo. Zygeloim había salido de la clandestinidad en 1943 para representar al *Bund* ante el Consejo Nacional del Gobierno Polaco en el exilio en Londres.

⁸⁰ La sublevación del gueto, por ejemplo, fue descrita en *Fraivelt* como un paso tomado por “gente sometida” e influida por “la histórica batalla de Stalingrado”, *Fraivelt*, abril de 1944, pp. 33-34.

⁸¹ Bankier, *op. cit.*, *Forois*, septiembre de 1949, p. 15. Leo Katz estuvo en Israel en 1949 durante algún tiempo; motivos de salud lo llevaron a mudarse. Se fue a Viena, donde murió.

ques contra el nuevo Estado de Israel después del holocausto, en particular cuando ninguna de las otras “soluciones” políticas parecía funcionar.

El nacimiento del Estado de Israel fue como un bálsamo para los dolientes supervivientes de la guerra, y un sueño hecho realidad para la mayoría de los judíos de todo el mundo. Más que nada, el nacimiento del Estado de Israel ofreció la más independiente de las soluciones políticas disponibles para los judíos, a pesar de sus inevitables y quizás irreconciliables diferencias políticas. La “calle judía” en la comunidad se hallaba en un estado de euforia intensa y sincera; la pura existencia de Israel significó la absoluta legitimación de la actividad y labor sionistas. Con la fundación del Estado mismo, los logros de luchas anteriores serían integrados al proceso local de institucionalización.

El sionismo se había tornado en la visión política más eficaz ahora que se había convertido en realidad, obteniendo reconocimiento a su fuerza. Los sionistas pasaron a ser los ganadores indiscutibles en la lucha que dio una victoria política internacional a todos los judíos. A nivel local, sin embargo, carecían de la organización suficiente para controlar su reconocimiento recientemente logrado. No había una sola organización sionista en posición para asumir la dirección comunitaria; únicamente había sionistas prestigiosos. Incluso después de la creación de Israel, no había ni una organización de la comunidad capaz de coordinar los festejos.⁸² En 1948, dos días después de la proclamación del nuevo Estado, se formó un comité pro Palestina, llenando un vacío y ayudando a organizar las celebraciones del evento.⁸³

Tras la consolidación del poder, los sionistas tomaron las riendas. El primero en concederles la victoria fue el *Bund*. Sin importar las limitaciones que persistían, los sionistas habían ofrecido, creía, una respuesta viable a la realidad judía del momento.⁸⁴ Le siguieron otros grupos. Con todo, una consecuencia de primer orden tendría repercusiones duraderas en las reglas políticas de la comunidad: el pensamiento político exclusivo se había convertido en la norma. Así se debiese a la fragilidad de los avances recientemente obtenidos o al abuso de los nuevos poderes, se estaba promoviendo, permitiendo y alentando una suerte de pensamiento uniforme. La nueva realidad del Estado de Israel y su coexistencia con las condiciones de la Diáspora seguían representando hechos persistentes y contradictorios en términos teóricos y prácticos. Desde el punto de vista de la comunidad local, la Diáspora requería la articulación de nuevas ideologías; empero, se-

⁸² Había muchas organizaciones sionistas en México, desde la organización *Kadima* en 1925; *Mapai* (1927-1933), *Keren Kayemet* (1926), *Poaeli Tsion*, Liga para los Trabajadores de Israel, Mujeres Pioneras, *Noar Hatsioni*, *Naie Tsionistishe Organizatzie*, etcétera. Se abrieron comités “pro Palestina hebrea” desde 1943 en Cuba, Uruguay y México, encabezados por personalidades distinguidas en un intento por obtener apoyo del mundo “gentil” para la causa sionista. En la organización interna, el éxito fue menor, a pesar de que figuras de renombre vinieron a la comunidad; la mayor parte de los esfuerzos se centraron en la recolección de fondos. Véase el caso de los dirigentes de Keren Hayesod, A. S. Yuris y Manuel Gravier en Haim Avni, “The origins of Zionism in Latin America”, en Elkin y Merckx, *The Jewish Presence in Latin America*, Boston, 1987.

⁸³ K.K.L., 50 años, 1980, p. 43.

⁸⁴ *Forois*, febrero de 1948, p. 13.

guían sin aparecer. La comunidad judía local, con todo y su apoyo, felicidad y dependencia respecto del Estado nuevo, nunca propuso desintegrarse y siguió siendo una minoría dentro de otro Estado. Esa condición requería de atención y, aunque el resultado supremo de 1948 los afectó, su decisión de permanecer en Diáspora los dejó con muchos asuntos que resolver por sí misma. Con todo, no había parámetros dentro de los cuales reflexionar acerca de esta realidad comunitaria. A los sionistas no les interesaba promover dicho proceso, ni eran capaces de hacerlo. La despuntante uniformidad política se presentaba en términos de una enajenación cultural y política fundamental, con todos los problemas que esa situación implica.

Muy pronto los primeros signos de esto se presentaron a los judíos locales. Aunque sería obvio que la nueva agenda ideológica debía redefinirse, permanecieron desarmados para atacar sus consecuencias políticas, incapaces de enfrentar su condición minoritaria o de actuar ante ella.

La votación de la ONU a favor del Estado de Israel, por ejemplo, se dio con diez abstenciones, la de México entre ellas. La postura aparentemente silenciosa del gobierno era estridente, afectando a los judíos más de lo que originalmente pareciera. Como un judío analizara la abstención en la prensa:

Me duele en tanto que ciudadano mexicano judío. Lo que me duele no es tanto la abstención en la votación, como la adulación agregada en la declaración, cuando el representante mexicano, De la Colina, tuvo tanto que decir en este foro mundial acerca de la bondad de los ciudadanos sirio-libaneses y tan pocas y frías declaraciones sobre sus ciudadanos mexicanos judíos. Nosotros, los ciudadanos mexicanos judíos, pensamos haber ayudado mucho, y de hecho estamos seguros de ello, al desarrollo económico local en los últimos 25 a 30 años. De la Colina debería saberlo. Es nuestra culpa el no haber diseminado más información acerca de nuestra comunidad.⁸⁵

Tras cuatro décadas de intercambio productivo, nada había alterado la ambivalencia del gobierno mexicano respecto de los judíos: ni el holocausto, ni el Estado de Israel, y tampoco los productivos ciudadanos judíos locales. La “necesidad moral” del Estado de Israel, como un hecho, no había sido comprendida ni aceptada por el gobierno mexicano.⁸⁶ El razonamiento de la abstención mexicana no reveló tanto la supuesta neutralidad del gobierno, como los pensamientos acerca de los judíos que aún albergaba.⁸⁷

Los judíos sí asimilaron la “necesidad moral” del Estado de Israel como un hecho preanalítico. Políticamente, estaba pasando a ser irrefutable. Sin embargo, la

⁸⁵ *Forois*, diciembre de 1947, p. 17. Vale la pena remarcar que en 1937, con protestas por la partición de Palestina en la Liga de las Naciones, el presidente Cárdenas dio su apoyo al sionismo político.

⁸⁶ La paternidad del concepto de “necesidad moral” corresponde a Emil Fackenheim. Véase su obra *The Jewish Return into History in the Age of Auschwitz and New Jerusalem*, Nueva York, 1978, p. 197.

⁸⁷ El voto de México en la ONU acerca de la fórmula de que “sionismo es igual a racismo” es otro remanente, aún más claro, de esta vieja postura. La posición mexicana fue revertida por el presidente Salinas de Gortari en la votación de 1992.

manera como se integró a su pensamiento político local no dejaba espacio ni para disentir, ni para cambiar el hincapié en las prioridades de la vida judía comunitaria sin correr el riesgo de ser etiquetado de desleal y tratado como tal. Los comunistas habían pasado a ser el ejemplo más claro de esto.

Las preocupaciones locales no desaparecieron. Como la ideología de los grupos vencedores no se ocupó filosófica y políticamente de ellas, siempre indicadores importantes de la eficacia política, se convirtieron en simple telón de fondo de los esfuerzos perpetuos de los grupos dominantes por mantener el poder y el control. El costo —la incapacidad sociológica de los dirigentes comunitarios, así como la de la minoría en general, para comprender su condición social— sólo saldría a la luz años después.

Traducción de Gilberto Conde Zambada